

XIX

Acecho de noche en un bosque de adelfas.

Por pintoresca que fuera su montura, nuestros matadores de leones tuvieron que renunciar á ella, continuando su camino á pie como antes, y la caravana se fué tranquilamente hacia el Sur por pequeñas jornadas.

La expedición duró cerca de un mes.

Entregado por completo á su leonícida pasión, el tarasconense marchaba siempre recto, sin mirar ni á derecha ni á izquierda, pensando sin cesar en aquellas fieras cuya persecución tantos disgustos le proporcionaba.

Durante un mes entero, buscando leones invisibles, el feroz Tartarín anduvo de aduar en aduar, en la inmensa llanura del Cheliff, á través de las hierbas abrazadas por el sol, de las malezas y de los cactus.

Encontraba aduare abandonados, tribus asustadas que se iban Dios sabe dónde, algún pueblecillo que otro francés, campos sin cultivo y langostas devoradoras que se comían hasta las cortinas de las ventanas.

Pero los leones no parecían.

Eso no obstante, el tarasconense no perdía las esperanzas, y dirigiéndose siempre hacia el Sur, pasaba días enteros rebuscando entre las palmeras enanas y por las noches pasaba dos ó tres horas en acecho...

¡Trabajo perdido!

Los leones no parecían.

Una tarde, á eso de las seis, atravesando la caravana un bosquecillo de palmeras entre las que saltaban grandes codornices, Tartarín de Tarascón creyó oír, pero muy lejos y muy débil, aquel maravilloso rugido que había escuchado tan repetidamente allá en su país, detrás de la barraca de Mitaine.

Al principio, nuestro héroe creyó que soñaba... mas un momento después, lejanos siempre, pero más distintos, los ruidos empezaron de nuevo, y esta vez, mientras que en todos lados se oía aullar los perros de los aduare, la joroba del camello tuvo un estremecimiento de espanto, que hizo sonar las cajas de conservas y las armas.

Ya no cabía duda.

Era el león... y pronto, muy pronto se puso en observación sin perder un minuto.

Había cerca de aquel sitio, como colocado á propósito, un antiguo morabito, ó sea sepulcro de santón, de blanca cúpula, y colocadas en un nicho que estaba encima de la puerta, las babuchas del difunto, juntamente con pedazos de albornoces, hilos de oro y cabellos que caían á lo largo de las paredes. Tartarín hizo entrar en él al Príncipe y al camello, y se puso á buscar un sitio á propósito para el acecho.

Gregory quiso seguirle; mas el tarasconense rehusó, pues quería encontrarse solo con el león. No obstante, recomendó á Su Alteza que no se alejara, y como medida de precaución, le confió su cartera, una enorme cartera llena de papeles importantes y de billetes de banco, temiendo que el león los rompiera con sus garras. Hecho esto, el héroe buscó un puesto conveniente.

Cien pasos más allá del morabito, había un bosquecillo de adelfas en la orilla de un riachuelo casi seco. Allí fué donde se emboscó Tartarín, con una rodilla en tierra, según fórmula, la carabina en la mano y el cuchillo de monte hincado en la arena delante de él.

Llegó la noche.

En el lecho enjuto del riachuelo relucía

como un espejo un charquito de agua: era el abrevadero de las fieras.

En la pendiente de la opuesta orilla se veía vagamente el sendero trazado por sus enormes patas. Aquella cuestecita misteriosa daba escalofríos, y si juntáis á esto el continuo hormigueo de las noches africanas, roce de ramas, ladridos de chacales, y allá arriba, en el espacio, bandadas de grullas que pasan produciendo sonidos discordantes parecidos á los gritos molestos que lanzan los muchachos cuando se les castiga y huyen, confesaréis que no era extraño que nuestro héroe se sintiera alterado y nervioso.

Tartarín lo estaba, y mucho.

Daba diente con diente el infeliz, y en el mango de su cuchillo, clavado en tierra, el cañón de su fusil sonaba como si fueran castañuelas...

¿Qué fué entonces de su serenidad y sangre fría?

¿Qué de su intrepidez y de su valor?

¿Tuvo miedo quizás?

Pues bien, sí; Tartarín tuvo miedo, y

sin embargo, se quedó en acecho una hora, dos; mas el heroísmo tiene sus límites... Cerca de él, en el lecho desecado del río, el tarasconense oyó de pronto ruido de pasos y de piedras que ruedan. Esta vez el terror le hizo levantarse, soltó á la casualidad dos tiros en la sombra y se replegó á escape en el religioso edificio, dejando su cuchillo de monte en la arena como una cruz conmemorativa del más atroz pánico que haya asaltado nunca el alma de un ser humano.

—¡Socorro! ¡Príncipe, el león!...

Silencio completo.

—¡Príncipe, Príncipe! ¿Estáis ahí? clamó

Tartarín.

Su Alteza no respondió.

En la blanca pared del sepulcro no se veía más que la sombra fantástica del camello.

El príncipe Gregory acababa de tomar las de Villadiego, llevándose la cartera y los billetes de Banco.

Hacia un mes que esperaba aquella ocasión.



XX

¡Por fin!

Al día siguiente de aquella trágica noche, cuando nuestro héroe, al amanecer, se sintió más sereno y adquirió la certidumbre de que el Príncipe y el dinero habían desaparecido para siempre; cuando se vió solo en aquel blanco sarcófago robado, engañado y abandonado en plena Africa con sólo un camello y algunas monedas por todo recurso, el tarasconense dudó.

Dudó del montenegrino, dudó de la amistad, dudó de la gloria, hasta de los leones dudó.

¡Y cuánto el Tartarín-Sancho hizo sufrir al Tartarín-Quijote!

Pero mientras el burlado cazador estaba allí sentado en la puerta del morabito, pensativo, mohino, con la cabeza apoyada en ambas manos, la carabina entre las piernas y el camello mirándole á diez pasos de él, Tartarín, estupefacto, siente de nuevo ruido, levanta los ojos y ve llegar un gigantesco león, avanzando con la frente erguida, sacudiendo la melena y atronando los aires con formidables rugidos que hacen temblar las paredes del sepulcro y hasta las zapatillas del santón en su nicho.

¡Sólo el tarasconense no tembló!

—¡Por fin! exclamó dando un salto y apuntando al mismo tiempo. Suena el tiro. Ya está. El león tiene dos balas explosivas en la cabeza. Durante un minuto se vieron volar sesos y sangre.

Luego todo quedó en silencio, y Tartarín vió que dos gigantes negros corrían hacia él con el garrote levantado.

Eran los de Millianah.

¡Oh desgracia!

Al león amansado, al pobre ciego del convento de Mohammed, acababan de matar las balas de la Provenza.

Esta vez sí que Tartarín se vió á dos pasos de la muerte, pues ambos negros le hubieran despezado, si no llegara á tiempo un guardamonte para impedirlo.

La vista del kepis rural calmó como por encanto la ira de los negros.

Tranquilo y majestuoso, el guarda hizo cargar en el camello los restos del león, y mandando al delincuente, lo mismo que á los negros, que le siguieran, llegaron á Orleansville y entregó todo en el Juzgado.

Fué un largo y terrible proceso.

Y aquí hizo nuevamente de las suyas el implacable Tartarín-Sancho.

¡Pobre Tartarín-Quijote! ¡Cuántas amarguras experimentaba!

Después de la Argelia, que acababa de recorrer, nuestro iluso viajero conoció otra cosa más fastidiosa: la curia.

Antes que nada, se trató de averiguar si el león había sido muerto en territorio civil ó militar. En el primer caso, el Tribunal de Comercio era el que debía entender en el asunto; en el segundo, pertenecía á un consejo de guerra, y á esa palabra «guerra» el provenzal se veía ya fusilado ó pudriéndose en el fondo de una cisterna.

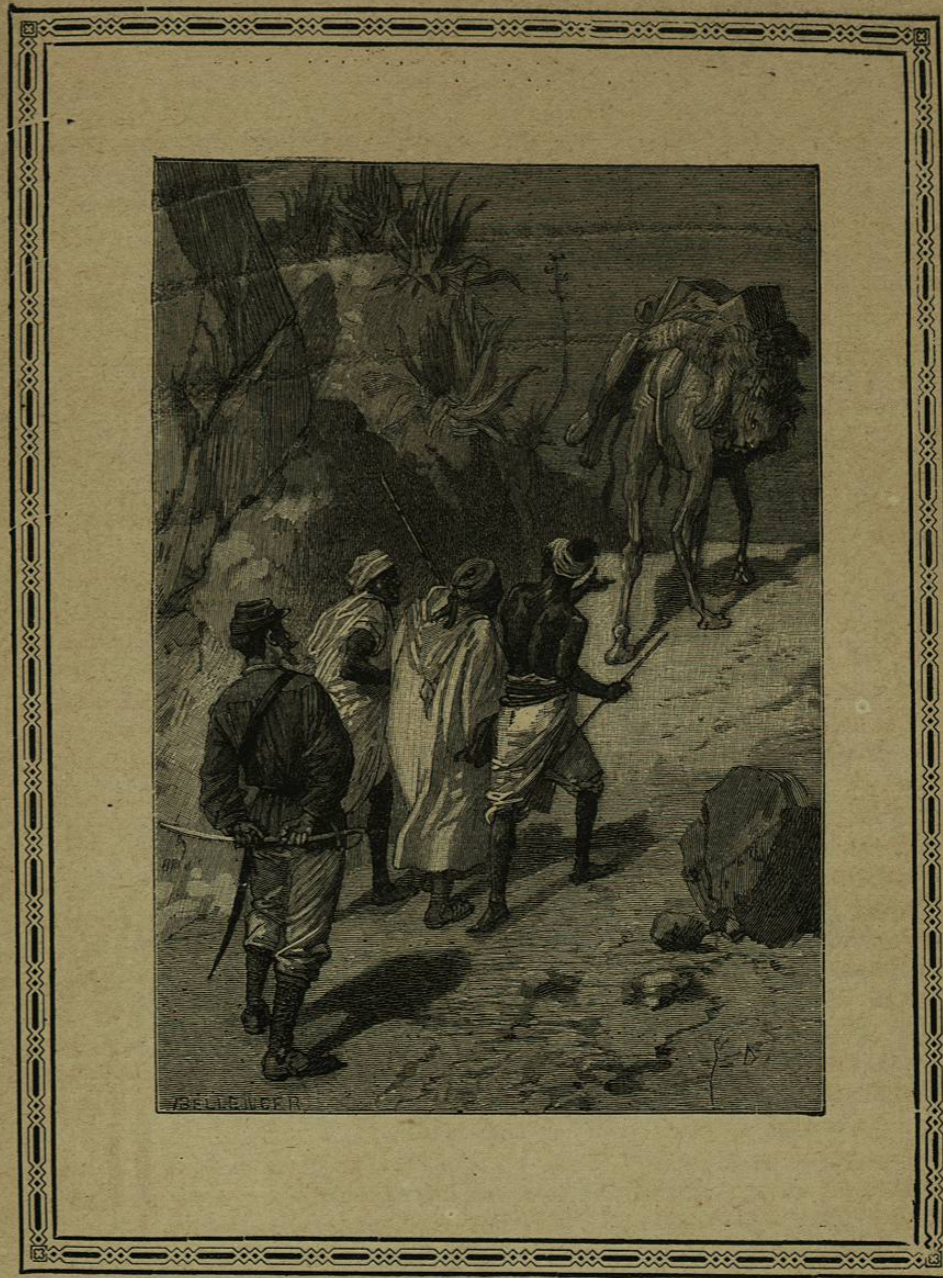
Lo peor del caso lo ofrecía la circunstancia de que la delimitación de ambos territorios es muy vaga en Argelia. Por fin, pasado un mes de mucho andar, de estaciones al sol en los patios de las oficinas, se acordó que si bien el león había sido muerto en una zona militar, Tartarín, cuando tiró, se encontraba en territorio civil.

El asunto se juzgó, pues, con arreglo á este último criterio, y nuestro héroe se vió libre mediante una indemnización de dos mil quinientas pesetas, sin los gastos.

Y aquí su nuevo y grandísimo apuro.

¿Cómo se las arreglaría para pagar todo?

El poco dinero que le quedó después del robo del Príncipe, se había gastado hacia tiempo, y por lo tanto el desgraciado matador de leones se vió en la necesidad de vender en detalle su caja de armas. Un especiero le compró las conservas aliment-



Tranquilo y majestuoso, el guarda hizo cargar en el camello los restos del león.

cias, un boticario lo que le quedaba de medicinas. Las botas de marino y la tienda de campaña siguieron el mismo rumbo. Después de pagarlo todo, Tartarín no poseía más que la piel del león y el camello. ¿Qué hacer?

Por de pronto, embaló cuidadosamente aquélla y la mandó á Tarascón, dirigida al valiente comandante Bravida.

Veremos después lo que fué de tan importante despojo.

En cuanto al camello, contaba con servirse de él para volver á Argel, con objeto de venderle y poder con su importe pagar la diligencia; pero en aquel mercado, en donde tantas cosas vendiera, no halló nadie que se lo quisiera comprar, y se vió obligado á conservarlo, si bien concibió la idea de deshacerse de él.

Sin embargo, como Tartarín deseaba regresar á Argel, ganoso de descansar mientras llegaba el auxilio metálico que había pedido á Francia, no titubeó un momento, y triste, mas no abatido, emprendió el viaje á pie, sin dinero y por jornadas cortas.

El camello no le abandonó.

Aquel pobre animal experimentaba por el desgraciado cazador un cariño inexplicable, y viéndole salir de Orleansville, anduvo detrás de él, arreglando su paso al de su amo, y no perdiéndole nunca de vista.

En el primer momento, tanta fidelidad enterneció á Tartarín; tanto más, cuanto que él mismo se buscaba el alimento en las horas de descanso.

Sin embargo, al cabo de algunos días,

el tarasconense se aburríó de tener continuamente á su lado aquel taciturno compañero, que le recordaba todos sus sinsabores, y por fin le tomó tal odio, que no pensó en otra cosa que en desembarazarse de él; mas el animal no aprovechaba la libertad que se le concedía. Tartarín procuró extraviarle, pero el camello le volvió á encontrar; echó á correr, y el mudo servidor corría más que él. Le gritaba: «¡Vete!» tirándole piedras. El pobre cuadrúpedo se paraba mirándole con aire muy triste, luego empezaba á andar de nuevo, y concluía siempre por alcanzar á su amo. Tartarín no tuvo más remedio que dejarle hacer lo que quisiera.

Cuando después de ocho días de marcha, el tarasconense, lleno de polvo y en extremo cansado, vió desde lejos relumbrar, entre el follaje, las primeras azoteas de Argel; cuando se encontró en las puertas de la ciudad, en la avenida de Mustafá, en medio de los zuavos y de las mahonesas, que le miraban pasar acompañado de su camello, perdió por completo la paciencia.

—No, dijo; no es posible. No puedo entrar con este animal detrás de los talones.

Y aprovechando un barullo de coches, se metió por un campo y se escondió en una zanja.

Desde allí vió al camello que corría cuanto le era posible por el camino, alargando el pescuezo con ansiedad.

Entonces, aliviado de un gran peso, el héroe salió de su escondrijo y entró en la población por un sendero extraviado.

XXI

¡Tarascón! ¡Tarascón!

No siempre la desdicha es incesante. Alguna vez se cansa y abandona á aquellos á quienes ha martirizado.

Mucho sufrió Tartarín en el país de los *Teurs*; mas el viento de su desgracia cambió, y, ya en Argel, respiró con libertad.

No se encontró tan solitario como él temiera en aquella ciudad africana, pues supo con gran regocijo que el capitán

Barbasson, un marsellés, casi un paisano, casi un amigo, se hallaba allí, é inmediatamente fué á visitarle, á contarle su aventura y á manifestarle que no tenía ya ni un cuarto, ni un arma, y que no le quedaba otra cosa que su *chechia* y su valor. Y el marino, sabiendo que en Tarascón nuestro héroe poseía algunos bienes, no vaciló en admitirlo á bordo de *El Zuavo*.

- Las doce.
- El buque va á ponerse en marcha.
- Arriba, en el balcón del café Valentín, los señores oficiales fijan su anteojo en el feliz barco que va á Francia.
- Abajo, los pasajeros se apresuran en amontonar sus equipajes en las barcas que los conducen al buque.
- Tartarín de Tarascón no tiene nada que embarcar más que su persona.
- Helo ahí bajando por la calle de la Marina y por el pequeño mercado lleno de bananas y de sandías.
- El infeliz tarasconense ha dejado entre



este ridículo Oriente, lleno de locomotoras y de diligencias, en donde no sé qué va á ser de mí. Tú eres el último turco y yo el último camello. No me abandones, ¡oh Tartarín!

—Ese camello, ¿es vuestro? le preguntó el capitán Barbasson.

—No, dijo Tartarín estremeciéndose ante la idea de entrar en Tarascón con tan rara escolta; y renegando de su compañero de infortunio, rechaza con el pie el suelo argelino y da á la chalupa el empuje para navegar. El camello olfatea el agua, alarga el pescuezo, y lanzándose detrás de la barca, náda al par que ella hacia *El Zuavo*.

Lancha y camello llegan juntos á los costados del buque.

—¡Pobre animal! dijo el capitán. Voy á mandar que lo suban á bordo, y al llegar á Marsella le regalaré al jardín zoológico.

Dicho y hecho. El camello fué embarcado, y *El Zuavo* se hizo á la mar.

Los dos días que duró la travesía, Tar-

los moros su caja de armas y sus ilusiones, y ahora se apresta á regresar á Tarascón con las manos metidas en los bolsillos.

Apenas saltó á la chalupa del vapor, un animal baja corriendo desde lo alto de la plaza y se precipita hacia él.

Es el camello, el fiel camello, que, desde hace veinticuatro horas, busca á su amo por Argel.

Tartarín, al conocerle, muda de color y finge no verle; pero el animal se empeña en que su amo se fije en él. Le llama, y mirándole con ternura, parece decirle: «Llévame en tu barco, lejos, muy lejos de

tarín. los pasó solo en su camarote, no porque el mar estuviera malo, sino por causa del camello, que, apenas divisaba á su amo encima del puente, se entregaba á una alegría de las más ridículas...

Mirando por los tragaluces de su camarote, Tartarín vió palidecer el azul del cielo argelino, y una mañana temprano, oyó las campanas de las iglesias de Marsella.

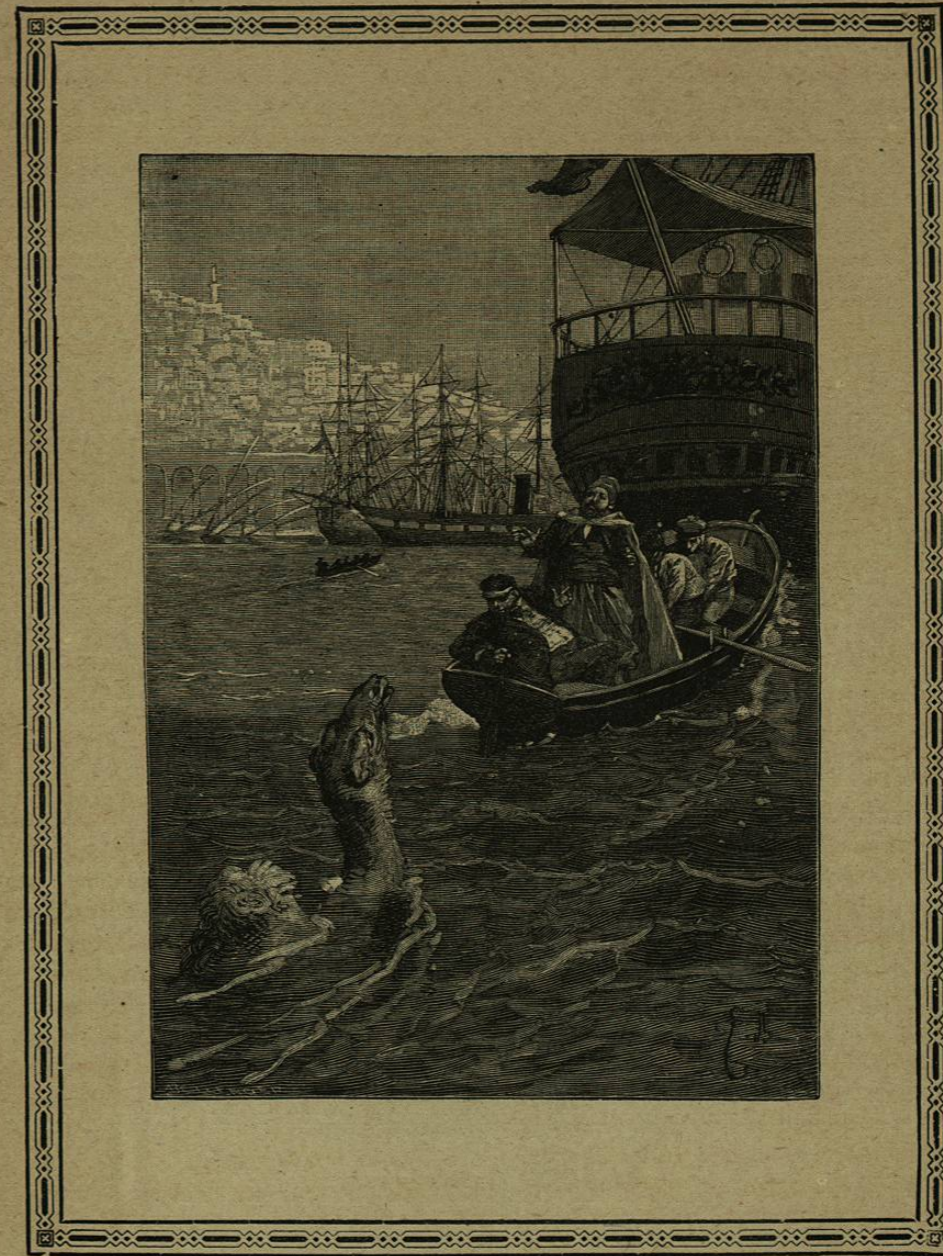
Habían llegado...

El Zuavo echó el ancla.

Nuestro amigo, que no tenía equipaje, bajó sin decir nada, y atravesó la ciudad, temiendo que el camello le siguiera, hasta que, no respiró á gusto, viéndose dentro de un vagón de tercera clase, el tren echó á andar...

—¡Gracias á Dios que me veo libre de ese adefesio!

Pero apenas estaban á dos leguas de Marsella, cuando todos los viajeros se asoman á las ventanillas, admirándose de lo que estaban viendo. Tartarín se asoma



El camello se lanzó detrás de la barca.

á su vez, mira, y... ¿qué es lo que divisa?... El inevitable camello, que corría por en medio de los rails, detrás del tren. Tartarín, consternado, acurrucóse otra vez y cerró los ojos.

Después de su desgraciada expedición, contaba volver á su casa de incógnito; pero la presencia del cuadrúpedo hacia la cosa imposible. ¡Qué entrada iba á hacer, Dios mío! ¡Sin un cuarto, sin leones, sin equipaje y acompañado de un camello!...

—¡Tarascón!... gritó un empleado.

Fué preciso apearse...

Mas ¡oh sorpresa!

Apenas la *chechia* del héroe apareció en la portezuela, cuando un grito de «¡Viva Tartarín!» hizo retumbar los cristales de la estación. «¡Viva el matador de leones!...

Y los coros de los orfeones entonaron canciones en su loa.

Tartarín se sentía morir; creía en una mixtificación. Pero no: Tarascón en masa se encontraba allí, levantando en alto los sombreros. Allí estaba el bravo comandante Bravida, el armero Costecalde, el presidente del Tribunal, el boticario y toda la noble sociedad de cazadores de gorras, que rodeó á su jefe y le llevó en triunfo...

¡Singulares efectos de espejismo! La piel del león ciego era la causa de todo.

Tan modesto despojo entusiasmó á los tarasconenses, y después de éstos,

todo el Mediodía se entusiasmó también.

Como *El Semáforo* habló de Tartarín en sus columnas, sucedió lo que acontece siempre; que se inventó una novela, se abultaron extraordinariamente los hechos y ya no era un león, sino diez, veinte, los que nuestro héroe había matado. Tartarín, pues, era ya célebre en Marsella sin saberlo él, y un telegrama expedido desde allí á sus paisanos les anunció su llegada.

Pero lo que puso el colmo á la alegría popular, fué cuando vieron un animal fantástico, cubierto de polvo y de sudor, aparecer detrás del héroe y bajar las gradas de la estación.

Los tarasconenses creyeron durante un instante que su Tarasca había vuelto; mas Tartarín tranquilizó á sus compatriotas.

—Es mi camello, dijo.

Y ya, bajo la influencia del sol tarasconense, ese hermoso sol que hace mentir con tanta ingenuidad, añadió acariciando la joroba del animal:

—¡Es muy noble y muy valiente! ¡Me ha visto matar todos mis leones!

Y tomando el brazo del comandante, seguido del camello, y de los cazadores de gorras, y aclamado por el pueblo, se dirigió á casa del boabab, y, andando, empezó á relatar sus grandes cacerías:

—Figuráos, decía, que cierta noche, en pleno Sahara...

